



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1908. MONTERREY, MEXICO

II

MESSER GUIDO CAVALCANTI

Guido, di Messer Cavalcante de' Cavalcanti fu un de' migliori loici che aves se il mondo, et ottimo filosofo naturale... E perciò che egli alquanto tenea della opinione degli Epicuri si diceva tra la gente volgare che queste sue speculazioni eran solo in cercare se trovar si potesse che Iddio non fosse.

(*Il Decameron di Messer Giovanni Boccaccio, giornata sesta, novella IX.*)

DIM
NON. FVI. ME
MINI. NON. SVM
NON. CVRO. DO
NNIA. ITALIA. AN
NORUM. XX. HIC
QVIESCO

(*Cippe de Donna Italia, según la lectura de M. Juan-Francisco Bladé.*)

Messer Guido Cavalcanti era á sus veinte años el más hermoso y apuesto de todos los gentiles hombres florentinos. Bajo sus largos cabellos negros que escapándose de su gorra caían en bucles azulados por la frente, sus pupilas de oro lanzaban rayos de luz deslumbradora.

Tenía brazos de Hércules y manos de ninfa.

Sus espaldas eran anchas y su cintura fina y delicada. Sobresalía montando caballos indómitos, así como en esgrimir armas pesadas, y no tenía rival en el juego de la sortija. Cuando recorría las calles de la ciudad para oír misa en San Juan ó en San Miguel, ó se paseaba á orillas del Arno, por las praderas matizadas de flores como una hermosa pintura, si las damas de alguna alcurnia le encontraban en su camino, no dejaban de murmurarse ruborosas: «Por ahí viene messer Guido, el hijo del señor Cavalcanti de' Cavalcanti. En verdad que es un hermoso San Jorge.» Y se cuenta que Madonna Gemma, mujer de Sandro Bujamonte, le envió un día á su nodriza para comunicarle que lo amaba con toda su alma, y que pensaba morir amándole. Igualmente era solicitado en los grupos, que entonces formaban los jóvenes señores de Florencia que se festejaban mutuamente, comían, jugaban, cazaban juntos, y en ocasiones se querían hasta el extremo de llevar todos trajes idénticos. Pero él evitaba por igual la sociedad de las damas y las reuniones de los jóvenes, y su humor arrogante y salvaje sólo se complacía en la soledad.

Frecuentemente permanecía encerrado todo el día en su habitación é iba á pasearse sólo bajo las encinas del camino de Ema, á la hora en que las primeras estrellas temblaban en el pálido cielo. Si encontraba por casualidad á caballeros de

sus años, jamás reía, y apenas si pronunciaba algunas palabras. Y aun éstas solían ser poco inteligibles. Aquel aire extraño y aquellos discursos ambiguos afligían á sus compañeros. Messer Betto Bruneleschi era el más contristado, porque amaba caramente á messer Guido, y su más ardiente deseo era atraerle al grupo en que se reunían los más ricos y más hermosos gentileshombres de Florencia, del que era el mismo Betto honor y alegría. Porque se reputaba á messer Betto Bruneleschi como la fina flor de la caballería y como el más hábil caballero de toda la Toscana, después de messer Guido.

Un día en que éste entraba bajo el pórtico de Santa María Novella, donde los frailes de la orden de Santo Domingo guardaban abundantes libros llevados por los griegos, messer Betto, que pasaba á la sazón por la plaza, llamó vivamente á su amigo:

—¡Eh, Guido! ¿Adónde camináis en este claro día que, según mi entender, os invita á cazar pájaros en los montes, mejor que á esconderos en la sombra de ese claustro? Hacedme el obsequio de venir á mi casa de Arezzo, donde os tañeré la flauta por el gusto de veros sonreír.

—¡Infinitas gracias!—respondió messer Guido sin dignarse volver la cabeza—. Voy en busca de mi dama.

Y entró en la iglesia, que recorrió con paso rá-

pido, tan poco respetuoso del Santo Sacramento expuesto en el altar, como de messer Betto, montado afuera en su caballo y aelalado con lo que acababa de oír. Por una puerta baja penetró en el claustro, pasó á lo largo del muro y llegó á la librería donde fra Sixto pintaba figuras de ángeles. Habiendo saludado al buen hermano, sacó de un gran cofre uno de los libros recién llegados de Constantinopla; lo puso en un pupitre, y empezó á hojearlo. Era un tratado del Amor, compuesto en lengua griega por el divino Platón. Suspiró; sus manos temblaron; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Ay!—murmuró—¡Bajo estos signos oscuros está la luz y yo no la veo!

Hablábase así, porque el conocimiento de la lengua griega se había perdido en Occidente. Luego de haber gemido buen espacio, tomó el libro, y una vez besado, lo puso en el cofre de hierro, como una bella muerta en su ataúd. Después pidió al buen fra Sixto el manuscrito de las arengas de Cicerón, que estuvo leyendo hasta que las sombras de la noche envolviendo á los cipreses del jardín extendieron sobre las páginas del libro sus alas de murciélago. Pues conviene saber que messer Guido Cavalcanti buscaba la verdad en los escritos de los antiguos é inquiría los arduos caminos por donde el hombre llega á la inmortalidad. Devorado por el noble anhelo de sa-

ber, ponía en *canzones* las doctrinas de los sabios antiguos sobre el Amor, que conduce á la Virtud.

Algunos días después, messer Betto Bruneleschi vino á su casa, en el paseo de los Adimari, á la hora temprana en que la alondra canta en los trigos. Le encontró todavía en el lecho. Luego de abrazarle, le dijo tímidamente:

—Mi Guido, Guido mío, sacadme de dudas. Me dijisteis la semana pasada que ibais á visitar á vuestra dama en la iglesia y claustro de Santa María-Novella. Desde entonces, doy vueltas en mi cabeza á estas palabras, sin que pueda penetrar su sentido. No descansaré hasta que no me las hayáis explicado. Os suplico que me las aclareís, en tanto que la discreción os lo consienta, ya que se trata de una dama.

Messer Guido empezó á reír. Reclinado en la almohada, miró fijamente á messer Betto.

—Amigo—le dijo—, la dama de que os he hablado tiene más de una morada. El día en que me visteis, la encontré en la librería de Santa María Novella. Desgraciadamente, sólo pude oír la mitad de su discurso, pues me habló en las dos lenguas que fluyen como miel de sus labios adorables: primero me recitó un discurso en la lengua de los griegos, que no pude comprender; luego me arengó en el habla de los latinos, con sabiduría maravillosa. Tan satisfecho quedé de su coloquio, que pretendo desposarme con ella.

—Debe de ser cuando menos—dijo messer Betto—, una sobrina del emperador de Constantinopla, ó su hija natural... ¿Cómo la llamaréis?

—Si es necesario—respondió messer Guido— darle un nombre de amor, como cualquier poeta se lo da á su amada, yo la llamaría Diótima, en memoria de Diótima de Megara, que señaló el camino á los amantes de la Virtud. Pero públicamente se llama la Filosofía, y es la más excelente esposa que puede encontrarse. No deseo á otra, y juro por los dioses que le seré fiel hasta la muerte, que pone término al conocimiento.

Al oír esto, messer Betto se golpeó la frente.

—¡Por Baco—dijo—, no había adivinado el enigma! Amigo Guido, sois el más sutil espíritu que brilló jamás bajo el lirio rojo de Florencia. Os alabo de tomar por esposa á tan alta dama. Seguramente que de esta unión nacerá larga descendencia de *canzones*, sonetos y baladas. Os prometo bautizar á esos lindos nenes al son de mi flauta, con numerosas grageas y divisas galantes. Me placen tanto más esas nupcias espirituales, porque no os impedirán, andando el tiempo, de casáos con alguna honesta dama de la ciudad.

—No lo creáis—respondió messer Guido—. Los que celebran las nupcias de la inteligencia deben dejar el casamiento para el vulgo profano, en el que están incluidos los grandes señores, los mercaderes y los artesanos. Si hubieseis cultiva-

do como yo el trato de mi Diótima, sabríais, amigo Betto, que reconoce dos clases de hombres: unos que, formados sólo por el cuerpo, nada más aspiran á la grosera inmortalidad que procura la generación de los hijos; otros, cuya alma concibe y engendra lo que al alma conviene producir, esto es, la Belleza y el Bien. Mi Diótima ha querido que yo fuese de éstos, y yo no imitaré contra su voluntad á los brutos prolíficos.

Messer Betto Bruneleschi no aprobó esta resolución. Dijo á su amigo que era preciso observar en la vida estados diversos, apropiados á las diversas edades; que á la época del placer sucedía la de la ambición, y que, al declinar la juventud convenía establecer alianza con una noble y rica familia, mediante la cual se tuviese acceso á los altos cargos de la República, como abogado de las artes y de la libertad, capitán del pueblo ó gonfalonero de la justicia.

Pero, viendo que su amigo acogía estos consejos torciendo el gesto como al contacto de una acerba medicina, calló sobre este punto por miedo de disgustarle, y juzgando prudente fiarlo todo al tiempo, en que la fuerza transforma al corazón y da al traste con las más firmes resoluciones:

—Gentil Guido—dijo alegremente—, ¿te permitirá al menos tu dama que te diviertas con alegres mozas, y te asocies á nuestras diversiones?

—De eso—respondió messer Guido—se pre-

ocupa tanto como de los encuentros que pueda tener en la calle este perrillo que duerme al pie de mi lecho. En puridad, son estas cosas indiferentes, á condición de no someterse á ellas por ningún precio.

Messer Betto se alejó algo mortificado de tales desdenes. Guardó á su amigo vivísima simpatía, pero no le pareció oportuno rogarle con insistencia que acudiese á las fiestas y juegos que dió durante todo el invierno con maravillosa liberalidad. Sin embargo, los gentileshombres de su cortejo resentíanse mucho de la injuria que les infería el hijo del señor Cavalcante de Cavalcanti no queriendo congeniar con ellos. Empezaron burlándose de sus estudios y lecturas, diciendo que á fuerza de nutrirse con pergaminos, como los monjes y las ratas, acabaría por parecerse á unos y á otras, no viéndosele más que un hocico puntiagudo y tres grandes mechones en la barba, bajo un capuchón negro, y que hasta la misma Madonna Gemma exclamaría, contemplándole: «¡Oh Venus, patrona mía! ¡En qué estado han puesto los libros á mi hermoso San Jorge! En verdad que no es preferible tener, en lugar de la lanza, una caña para escribir.» Llamábanle contemplador de señoritas cubiertas de telarañas, y pequeño remangafaldas de la señora Filosofía. Y aún no les bastaba estas ligeras burlas. Sugerían la idea de que era demasiado sabio para ser buen

cristiano, y que se daba á las ciencias mágicas y departía con los demonios.

—Sólo se esconde convenientemente—decían—para celebrar asamblea con diablos y diablesas y obtener oro á cambio de impudicias repugnantes.

En fin, acusábanle de haber caído en aquella cábala de Epicuro, que poco antes había seducido en Nápoles á un emperador y á un papa en Roma, y que amenazaba con transformar á los pueblos de la cristiandad en una piara de cerdos indiferentes á Dios y al alma inmortal. «Habrán adelantado bastante—concluían—cuando á fuerza de estudiar, ya no crea ni en la Santísima Trinidad.» Este rumor que iban difundiendo era el más peligroso de todos y podía acarrear alguna desgracia á messer Guido.

Messer Guido Cavalcanti sabía perfectamente que se burlaban de su adhesión á las cosas eternas. Por esta razón huía de los vivos y buscaba á los muertos.

Por aquel tiempo estaba la iglesia de San Juan rodeada de tumbas romanas. Messer Guido acudía frecuentemente á ellas, al *Avemaria*, y meditaba largo rato en el silencio de la noche. Creía, según el decir de las crónicas, que este hermoso San Juan había sido un templo pagano antes que iglesia cristiana, y esta creencia era grata á su alma, enamorada de los misterios antiguos. Encantábale sobre todo la presencia de estas tumbas, sobre

las que no se había trazado el signo de la cruz; pero que ostentaban inscripciones latinas y ornaban figuras de hombres y dioses. Eran grandes cubos de mármol y en los lados de estos cubos reconocíanse banquetes, escenas de caza, la muerte de Adonis, el combate de los Lapitas y los Centauros, la castidad de Hipólito, las amazonas. Messer Guido leía curiosamente las inscripciones é inquiría el sentido de aquellas fábulas. Una tumba le preocupaba sobre todas, pues en ella veía á dos Amores sosteniendo cada cual una antorcha, y era interesante conocer la naturaleza de ambos Amores. Pues bien, cierta noche que pensaba en ellos más obstinadamente que de costumbre, una sombra se elevó sobre la tumba, y la sombra era luminosa; diríase la luna, que se ve ó cree verse al través de una nube. Pero á poco adoptó la forma de una bella virgen, y habló con voz más dulce que el canto de las cañas agitadas por el viento:

—Yo, la que duermo en esta tumba—dijo—, me llamo Julia Læta. Perdí la luz durante el festín de mis nupcias, á la edad de diez y seis años, tres meses y nueve días. Desde entonces, ¿soy ó no soy? Lo ignoro. No interrogues á los muertos, extranjero, porque nada ven, y una densa noche los envuelve. Dícese que quienes conocieron las alegrías crueles de Venus van errantes por un tupido bosque de mirtos. Yo, que he muerto virgen,

yo duermo un sueño sin ensueños. Dos Amores han esculpido sobre mi piedra tumbal. Uno ofrece á los humanos la luz del día; otro, la extingue por siempre en sus tiernos ojos. Idénticos rostro y sonrisa tienen ambos, porque el nacer y el morir son dos hermanos gemelos, y todo es alegría en los dioses inmortales. He dicho.

La voz enmudeció como el murmullo de las hojas cuando cesa el viento. La clara sombra se desvaneció á las primeras luces del alba que blanqueaban las colinas; las tumbas de San Juan se tornaron silenciosas y pálidas en el aire matutino. Y messer Guido pensó:

—La verdad que presentía se me ha revelado. ¿No está escrito en los libros de que se sirven los sacerdotes: «Los muertos no te loarán, Señor?» Los muertos carecen de conocimiento, y el divino Epicuro fué sabio libertando á los vivos de los vanos terrores de la vida futura.

Un tropel de caballeros que á la sazón pasaba por la plaza interrumpió bruscamente la paz de sus meditaciones. Eran messer Betto Bruneleschi y sus amigos que iban á cazar grullas en el río de Peretola.

—¡Eh!—prorrumpió uno de ellos, que se llamaba Bocca—. Mirad á messer Guido el filósofo que nos desprecia por nuestra honradez, por nuestra gentileza y por nuestra vida alegre. Tiene aire de cansancio.

—No le falta razón—replicó messer Doro, que pasaba por alambicado—. Su dama la luna, á la que besa tiernamente durante la noche, se ha marchado á dormir allende las colinas con algún pastor. Y el pobre se muere de celos. ¡Ved qué amarillo está!

Acercaron los caballos á las tumbas y formaron círculo en torno de messer Guido.

—Amigo Doro—replicó messer Bocca—, la señora luna es demasiado redonda y clara para tan negro galán. Si deseáis conocer á sus damas, aquí las tenéis. El viene á buscarlas en sus lechos, donde corre menos riesgo de ser picado por las pulgas que por los escorpiones.

—¡Fi, fi!... ¡El miserable necrómano!—dijo persignándose messer Giordano—. ¡Mirad á dónde conduce el saber! Se reniega de Dios y se fornicaba en los cementerios paganos.

Apoyado en el muro de la iglesia, messer Guido dejaba hablar á los caballeros. Cuando consideró que habían vaciado todas las tonterías de sus cerebros ligeros:

—Señores caballeros—les dijo sonriendo—, estáis en vuestra casa. Soy vuestro huésped y la cortesía me obliga á recibir las ofensas sin replicar.

Dijo, y brincando sobre las tumbas, se retiró tranquilamente. Los otros se miraron estupefactos. Luego rompieron á reír é hincaron las es-

puelas á sus caballos. Mientras galopaban por el camino de Peretola, messer Bocca dijo á messer Betto:

—No dudaréis ya de que este Guido se ha vuelto loco. Nos ha dicho en el cementerio que estábamos en nuestra casa. Y para hablar de tal guisa es necesario haber perdido la razón.

—La verdad es—respondió messer Betto—que no me explico lo que haya querido decirnos al hablar así. Pero él tiene costumbre de expresarse obscuramente, por medio de sutiles parábolas. Acaba de echarnos un hueso que sería necesario partir para dar con el meollo.

—¡Vive Dios!—exclamó messer Giordano—. Yo ofrezco á mi perro ese hueso y al pagano que nos lo ha dado.

Poco después llegaron al arroyo de Peretola, de donde se ve á las grullas elevarse en bandadas al comienzo del día. Durante la caza, que fué abundante, messer Betto Bruneleschi no cesó de recordar las palabras de Guido. Y á fuerza de pensar en ellas, penetró su sentido. Con grandes voces llamó á messer Bocca:

—¡Messer Bocca, venid acá! Ya adivino lo que messer Guido intentaba decirnos. Nos ha dicho que estábamos en nuestra casa, un cementerio, porque los ignorantes son semejantes á los muertos, quienes según la doctrina epicúrea, carecen de conocimiento.

Messer Bocca respondió encogiéndose de hombros, que era capaz cómo nadie de gastar un buen talego, esgrimir un puñal contra sus enemigos y reducir á una doncella, y que éstos eran bastantes conocimientos para un hombre de su linaje.

Messer Guido Cavalcanti aún continuó durante algunos años estudiando la ciencia del amor. Sus pensamientos fuélos sintetizando en *canzones*, que no á todos es lícito comprender, y con ellas hizo un libro, que circuló triunfalmente entre aplausos y laureles. Luego, como las más puras almas no se ven libres de pasiones, y como la vida nos arrastra á unos tras otros en su corriente sinuosa y revuelta, ocurrió que al declinar de su juventud, messer Guido fué seducido por las grandezas de la carne y por los poderes de este mundo. Con ambicioso designio se unió á la hija del señor Farinata degli Uberti, aquel que antaño tiñó el Arbia con sangre florentina. Con la ardiente fiereza de su alma lanzóse en las luchas de los ciudadanos. Por damas tomó á la señora Mandetta y á la señora Giovanna, que representaban á los albigenses una y á los gibelinos otra. Era el tiempo en que messer Dante Alighieri era orador de las artes y de la libertad. La ciudad se compartía en dos campos enemigos, el de los blancos y el de los negros. Un día en que los principales ciudadanos estaban reunidos en la

plaza de Fressabaldi, los blancos de un lado, los negros de otro, para asistir á las exequias de una noble dama, los doctores y los caballeros se instalaron, según costumbre, en los bancos elevados, y ante ellos tomaron asiento los jóvenes, sobre esteras de junco. Habiéndose levantado uno de aquéllos para ajustarse la capa, los que se encontraban en frente creyeron que los amenazaba. Alzándose inmediatamente pusieron mano á la espada. Todo el mundo desenvainó, y á los deudos de la muerta les costó gran trabajo separar á los adversarios.

Florenia ya no fué desde entonces una ciudad alegre con el trabajo de sus artesanos, sino un bosque poblado de lobos que se devoraban entre sí. Messer Guido participó de estos furores. Volvióse sombrío, inquieto y agresivo. Diariamente cambiaba estocadas con los negros en las mismas calles de Florenia, donde antaño meditó sobre la naturaleza del alma. Tras haber sentido más de una vez en su carne el puñal de los asesinos, fué desterrado con su facción y confinado en la ciudad apestada de Sarzana. Seis meses languideció de fiebre y de rabia. Y cuando los blancos fueron llamados, volvió moribundo á su patria.

En el año 1300, el tercer día siguiente á la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, tuvo la fuerza de arrastrarse hasta su hermoso San Juan. Transido de fatiga y dolor se acostó sobre

la tumba de Julia Lœta, que en otra ocasión le había revelado los misterios ignorados de los profanos. Era la hora en que las campanas repican en el aire tembloroso sus adioses al sol. Messer Betto Bruneschi, que volvía de su casa de campo, pasó por la plaza y vió entre las tumbas dos ojos encendidos de gerifalte en un rostro descarnado, y, reconociendo á su amigo de la juventud, se sintió sobrecogido de sorpresa y piedad.

Acercándose á él, le abrazó como en los días pasados, y le dijo entre suspiros:

—¡Guido mío, Guido mío! ¿Qué fuego te ha consumido? Primero abrasaste tu vida en la ciencia, y luego en los negocios públicos. Te ruego que amortigües un poco de ardor en tu alma: amigo, cuidémonos un poco, y, como dice Ricardo el herrero, encendamos un fuego que dure sin abrasar.

Pero Guido Cavalcanti se llevó la mano á los labios.

—¡Chist, chist! No hables, amigo Betto. Espero á mi dama, la que va á consolarme de tantos vanos amores como en este mundo me han traicionado y yo he traicionado. Igualmente vano y cruel es el pensar y el obrar. Lo sé. El mal no consiste en vivir, pues veo que te encuentras bien, amigo Betto, y que otros muchos no se encuentran peor. El mal no consiste en vivir, sino en saber que se vive. El mal consiste en conocer

y en querer. Felizmente hay un remedio. No hablemos más; espero á la dama que nunca me ha engañado, pues nunca dudé de que fuese dulce y fiel, y he conocido por la meditación cuánto el dormir en su seno es tranquilo y seguro. Se han contado muchas fábulas sobre su lecho y sus mansiones. Pero yo jamás he creído las patrañas de los ignorantes. Tal viene ella á mí como la amiga al amigo, la frente coronada de flores, los labios risueños.

Dijo; enmudeció, y cayó muerto sobre la tumba antigua. Su cuerpo fué inhumado sin grandes honores en el claustro de Santa María-Novella.

